

# El LEGADO

de enseñanza de Derek Prince

## El juicio comienza por la casa de Dios

Los cristianos enfrentamos una terrible realidad que no podemos negar: nuestras naciones están bajo el juicio de Dios. Hay muchas razones para ello, pero todas ellas se resumen en una sola verdad: hemos cometido el pecado por el cual Esaú fue rechazado—*hemos despreciado nuestra primogenitura* (He. 12:15–17).

**D**ios nos juzga según la medida de revelación que hayamos recibido. Jesús dijo a los judíos de Su época que su juicio sería mucho más severo que el de Sodoma y Gomorra, ya que habían recibido una revelación de la verdad mucho mayor (Mat. 11:20–24).

Lo mismo podría decirse de los EEUU respecto a los tres últimos siglos. Pocas naciones han tenido tanto acceso a la Palabra de Dios como el que se le ha concedido al pueblo americano. Mediante la cultura y la tradición, las iglesias y los evangelistas, la radio, la televisión y la palabra impresa, EEUU ha sido bendecido con el conocimiento de la verdad divina más que cualquier otra nación. El juicio que recibiremos por haberlo rechazado corresponderá a la magnitud de la

revelación recibida.

Muchos creyentes no se dan cuenta de que el juicio de Dios no comienza por las personas del mundo, sino por el pueblo de Dios. Pedro dijo a los cristianos de su época: “*Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?*” (1 de Pedro 4:17). Estas palabras se aplican igualmente a la iglesia hoy en día.

De todos los pecados que se le pudieran atribuir a la iglesia contemporánea, basta con destacar dos de ellos: *el materialismo y el transigir los principios bíblicos*.

## El problema con el materialismo

---

En Lucas 17:26–30, Jesús predijo que el período anterior a Su venida sería como los días de Noé y de Lot. Jesús mencionó ocho actividades específicas que caracterizarían este período: comer, beber, casarse, dar en casamiento, comprar, vender, edificar y plantar. Sin embargo, ninguna de estas actividades en sí es pecado. Entonces, ¿cuál era el problema?

El problema era el *materialismo*. La gente de esa época se había envuelto tanto en estas actividades materialistas que era inconsciente del juicio inminente de Dios a causa de su manera de vivir carnal. Cuando vino el juicio, ellos estaban totalmente desprevenidos. Podría decirse lo mismo hoy día de la mayoría de los que profesan ser cristianos. Si de repente se produjera el juicio final de Dios anunciado para la segunda venida de Cristo, estas personas estarían totalmente desprevenidas.

Al igual que el materialismo, el pecado de transigir los principios bíblicos, muchas veces no se reconoce como tal. Hace aproximadamente dos años, mientras oraba, tuve una visión del interior de una iglesia típica, con filas de bancos, una plataforma, un púlpito y un piano, entre otras cosas. Pero el edificio entero estaba impregnado de algo que parecía una neblina. Se distinguían los contornos de los objetos, pero no se divisaba nada de forma nítida. Mientras me preguntaba qué representaba la neblina, Dios me habló claramente y me dijo que esa neblina representaba el transigir los principios bíblicos y conformarse al mundo.

## Transigiendo los principios bíblicos

---

En la iglesia de hoy, la mayoría de las verdades morales y doctrinales que el Nuevo Testamento expone con tanta claridad, han perdido su nitidez y efectividad. En 1 de Corintios 6:9-10, Pablo escribió: “¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borra-

chos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios”. Sin embargo, la iglesia de hoy está llena de personas que cometen estos pecados sin sentirse culpables en lo más mínimo. De hecho, a menudo se jactan de cometerlos.

Un miembro de una iglesia estaba en el hospital, muriéndose de SIDA, el cual había adquirido al practicar la homosexualidad. Posteriormente recibió a Cristo y recibió un Nuevo Testamento. Después de haber leído una parte del Nuevo Testamento, le envió un mensaje urgente a la persona que lo había llevado a los pies de Cristo, diciendo: “Ven a orar por mí. Necesito liberación. No sabía que mi manera de vivir no era la correcta”.

Hace unos siete años, en la época navideña, nuestro personal administrativo había hecho planes para que Ruth y yo habláramos en dos programas del Club PTL. Ya que no acostumbramos mirar televisión, no teníamos ninguna idea de lo que nos esperaba. Se suponía que yo iba a ser el “orador principal”. La primera hora, me dieron diez minutos, y la segunda hora, veinte minutos. Dedicaron la mayor parte del tiempo a pedir fondos y a vender muñecas “Tammy”. Que yo recuerde, Ruth y yo fuimos los únicos que tan siquiera mencionamos a Jesús.

Poco después, salieron a la luz pública los escándalos que ya son notorios. Pero, para mí personalmente, lo que más me escandalizó no fueron los delitos de índole financiera y sexual, por penosos que éstos hayan sido. Lo que me escandalizó en ese momento, y me sigue escandalizando hoy, es el hecho de que a millones de norteamericanos se les estaba presentando de manera continua un cuadro totalmente falso del cristianismo. Se les predicaba un cristianismo donde no tiene cabida la cruz, la cual exige humildad, santidad y una vida de sacrificio. ¡Qué terrible es advertir que las personas que han sido seducidas por una presentación tal, quizás nunca lleguen a oír el evangelio verdadero!

El escándalo PTL ya ha pasado a la historia, pero nos ha dejado una pregunta a la cual debemos responder: ¿Fue un fenómeno aislado, o más bien un síntoma de una enfermedad que afecta al cuerpo de Cristo en

todos los Estados Unidos?

Sin embargo, todavía existe dentro de la iglesia un remanente de creyentes consagrados, que siguen a Jesús de todo corazón. Si somos parte de este grupo de personas, ¿cómo exige Dios que respondamos ante la crisis actual?

## La humildad verdad

Se nos da una respuesta clara en 2 de Crónicas 7:14: “Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra”. La frase “mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado” incluye a todos los cristianos que invocan el nombre de Cristo sobre ellos.

Llevo por lo menos treinta años predicando sobre esta escritura, pero hace poco, ¡me di cuenta de algo lamentable! En nuestros días, el pueblo de Dios nunca ha cumplido con la primera condición. Nunca nos hemos humillado de verdad. Nuestro orgullo—tanto religioso como racial—sigue siendo una barrera que nos impide recibir la respuesta a nuestras oraciones por nosotros mismos y por nuestra nación.

## La humildad verdad

Mediante el trato riguroso de Dios en mi propia vida, he descubierto la manera más eficaz de humillarnos. Es muy sencillo, consiste en *confesar nuestros pecados*. Si confesamos nuestros propios pecados a Dios de manera regular y específica, es imposible acercarnos a Él con una actitud de orgullo.

Además, he visto que Dios sólo se ha comprometido a perdonar los pecados que confesamos. “*Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad*” (1 de Juan 1:9). **Los pecados no confesados son pecados que no han sido perdonados.** Así que la barrera del orgullo edifica una segunda barrera de pecado no perdonado.

La Biblia nos exhorta a confesar nuestros pecados, no solamente a Dios, sino también los unos a los otros. “*Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados*” (Santiago 5:16). El confesar nuestros pecados a Dios elimina el orgullo en cuanto al Ser Supremo; el confesarlos a otros elimina el orgullo en cuanto a nuestros semejantes. Es difícil tener una actitud de orgullo hacia alguien a quien acabamos de confesar nuestros pecados personales.

Esto se aplica especialmente a la relación entre cónyuges. Los que confiesan con regularidad sus pecados el uno al otro, no son separados por la barrera del orgullo. Además, la confesión de pecado es un requisito indispensable para la intercesión eficaz. Daniel fue uno de los personajes más justos de la Biblia, pero cuando se propuso interceder por su pueblo, Israel, empezó reconociendo su parte en el pecado del pueblo (Dan. 9:3–13).

## Sanidad para nuestra tierra

Creo que Dios está esperando que, como creyentes, nos humillemos ante Él y ante nuestros hermanos, confesando nuestros pecados. Sólo después de hacer esto podremos dar el próximo paso y reclamar la sanidad de nuestra tierra.

Pero debo darle la siguiente advertencia: ¡No se entregue a la introspección de una manera malsana! El Espíritu Santo es “el dedo de Dios” (Mat. 12:28; Lucas 11:20). Pídale a Dios que señale con Su dedo los pecados que necesita confesar. Él lo hará con una exactitud infalible, ¡y es probable que traiga a la luz pecados que usted jamás había reconocido!

He limitado este análisis a la situación en los EEUU. Sin embargo, mucho de lo que he dicho se aplica a otras naciones que han recibido la herencia judeo-cristiana, y a la Iglesia en todo el mundo. ¡Que Dios ayude a cada uno a aceptar nuestra propia responsabilidad!



# El LEGADO de enseñanza de Derek Prince

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas en este artículo fueron tomadas de la versión Reina Valera 1960. Se permite la reproducción de artículos de los archivos de DPM para la distribución gratuita. Para tener acceso a otros materiales de Derek Prince, diríjase a [ministeriosderekprince.org](http://ministeriosderekprince.org).



MINISTERIOS DEREK PRINCE  
PO BOX 19501 CHARLOTTE, NC 28219 704.375.3556 [WWW.MINISTERIOSDEREKPRINCE.ORG](http://WWW.MINISTERIOSDEREKPRINCE.ORG)